

La Situación Actual de la Iglesia en el Congo

Judex.

Las noticias que nos llegan de las atormentadas tierras congoleesas (guerras entre tribus, guerras contra los extranjeros, sublevaciones, asaltos, pillaje, asesinatos de rehenes), producen la impresión de un país sumido en buena parte en la anarquía. Se habla de cerca de un millón de personas muertas en los últimos cuatro años, sobre una población que no llega a los 14 millones de habitantes.

Como es natural, la Iglesia católica, sumida en el torbellino de esta vorágine pasional, está sufriendo también un verdadero calvario.

Asesinato de Sacerdotes y Religiosos

Desde la declaración de la independencia del Congo en 30 de junio de 1960 se tiene noticia de haber sido asesinados hasta enero pasado 108 misioneros católicos, sacerdotes, religiosos y religiosas. El número de religiosas se hace ascender (según la Agencia Fides) a 22, de ellas cuatro misioneras dominicas españolas muertas en Stanleyville el 24 de noviembre de 1964 (1). Todavía está incompleto este "martirologio" pues se ignora el paradero de muchos misioneros y religiosas desaparecidos.

- (1) El único superviviente del grupo de sacerdotes, junto con el cual fueron asesinadas las monjitas españolas y que herido sobrevivió a la matanza —el Padre Carlos Chuster— dice: "A las seis de la tarde en el sótano del hospital apenas iluminado por una lámparilla, donde los PP. llevaban tres días y al que habían sido conducidas las cuatro religiosas, nos hicieron formar, los misioneros a un lado y las misioneras a otro, y comenzaron a disparar, primero contra los Padres. Entonces uno pidió la absolución y yo mismo se la di a todos los presentes. Las religiosas se refugiaron amedrentadas todas juntas y el Padre Chuster oía junto con los disparos el caer de los cuerpos y el gemir. Cuando los rebeldes creyeron que todos estaban muertos, los amontonaron en una terraza y a los que se quejaban les cortaron la cabeza".

Además del grupo de religiosas españolas de Stanleyville, había otros que trabajaban en Pawa, Bayenga, Babonde e Ibambi con un total de 23 religiosas. De ellas pudieron ser rescatadas 15, que llegaron a España el 3 de enero. Se ignora la suerte que han corrido las cuatro restantes.

Hay que notar que durante los meses de setiembre, octubre y noviembre de 1964, fueron muertos quince misioneros, mucho antes del 24 de noviembre, día en que fueron lanzados sobre Stanleyville los paracaidistas belgas. El 1 de diciembre pasado, según la Procura de Bruselas de los sacerdotes del Sagrado Corazón, la situación de las misiones en las Diócesis de Stanleyville y Wamba era la siguiente: 49 misioneros, padres y hermanos, salvados, uno dejado en Stanleyville, nueve muertos. Nada se sabía de otros 49 (11 en Stanleyville y 35 en Wamba). En cuanto a las religiosas, habían muerto 13 y nada se sabía de otras 15 en Stanleyville y de 58 en Wamba.

La serie fue inaugurada de un modo más solemne cuando el 1 de enero de 1962 fueron asesinados 20 misioneros del Espíritu Santo en Kongololo.

Evacuaciones

En otros muchos casos, los misioneros, expulsados de sus campos de trabajo, o rescatados por las tropas de liberación, han tenido que ser repatriados momentáneamente. Grandes zonas se hallan en la actualidad totalmente o casi totalmente desprovistas de todo cultivo espiritual.

Se han evacuado las Diócesis de Ikla, Isangi, Bunia, Kasongo, Buta, Doruma y en otras co-

PAULO VI Y E...

cientan enormemente las dificultades, por la falta de suficiente libertad de juicio y de acción y por el abuso dialéctico de la palabra, no precisamente encaminada hacia la búsqueda y la expresión de la verdad objetiva, sino puesta al servicio de finalidades utilitarias preconcebidas".

Esta es la razón por la que el diálogo calla. La Iglesia del Silencio, por ejemplo calla, hablando únicamente con su sufrimiento, al que

acompaña el sufrimiento de una sociedad oprimida y envilecida donde los derechos del espíritu quedan atropellados por los del que dispone de su suerte. Y cuando nuestro discurso se abriera en tal estado de cosas, ¿cómo podría ofrecer un diálogo mientras se viera reducido a ser "una voz que grita en el desierto"? (Mt. 1,3). El silencio, el grito, la paciencia y siempre el amor son en tal caso el testimonio que aún hoy puede dar la Iglesia y que ni siquiera la muerte puede sofocar".

mo en Stanleyville, Mahagi, Bondo, Niangara, Wamba, el personal misionero, del que nada se sabe, aguarda su rescate.

El 11 de diciembre pasado, la Procura de las Misiones de Scheut (Congregación que trabaja en el Congo desde 1888) señalaba que más de 600 misioneros habían tenido que abandonar el Congo desde el mes de setiembre.

Se trata de religiosos y religiosas, así como de algunas hermanas congoleesas de diversas congregaciones cuyos campos de apostolado están situados en Sankuru, en el Uele, en las provincias del Congo Medio, de la meseta central del Congo Superior, de Moniema.

Muchos de estos misioneros de origen belga han regresado a Bélgica, en donde el Cardenal Suenens les ha recibido, al mismo tiempo que celebraba una misa por todas las víctimas de la revolución del Congo.

Las estadísticas más recientes señalaban para el Congo un total de 2.776 sacerdotes (de ellos 417 indígenas), 1.212 religiosos no sacerdotes (de los que 402 eran indígenas) y 3.747 religiosas (de ellas 809 indígenas).

Oscuro Porvenir

El Obispo de Isangi, Monseñor Jansen, de los Padres de Monfort, recientemente liberado junto con 41 religiosos y religiosas, ha manifestado a la Agencia DIA sus preocupaciones respecto al porvenir de la Iglesia en el Congo:

"La evacuación forzada de los misioneros considerados como rehenes, ha hecho surgir problemas muy graves y complicados. Nos hallamos ante inmensas cristiandades sin sacerdotes. Raras son las localidades donde los misioneros han podido continuar o volver, después de las operaciones de liberación. Para permitirles la vuelta o su permanencia eventual habría que tener en cuenta ciertas condiciones. La población debe mostrarse favorable a su regreso, lo cual ocurrirá muchas veces, pero además deberá estar en condiciones de protegerlos contra las bandas de jóvenes y rebeldes que continúan haciendo incursiones y que hacen ilusoria toda tentativa de apostolado.

El estado de salud de los misioneros deberá ser tal que les permita continuar soportando las privaciones extremas que les aguardan, porque no ha sido infrecuente el que hayan permanecido durante semanas y a veces meses enteros en cautiverio, o en una inseguridad y tensión tan grandes que sus nervios han tenido que padecer mucho. Habría que asegurarles además un mínimo de cuidados médicos. Pero, hasta ahora al menos, no existen estas condiciones sino en algunas misiones de Lisala, de la Diócesis de Chumbe, en Sankuru, en Kole, en Lomela y en Lusambo.

No se trata de un abandono del campo. En todos los casos se ha producido una salida forzada o un rescate "in extremis" realizado por los militares. Pero esto no impide que se plantee con urgencia el problema de las cristiandades abandonadas. En la actual perspectiva, según el testimonio de los misioneros con autoridad para emitir una opinión, la vuelta a las misiones y parroquias de los territorios evacuados depende del resultado de las operaciones militares, de la evolución política del país y particularmente en estas regiones, de la mentalidad de las poblaciones.

Las autoridades eclesiásticas están muy preocupadas por la suerte del clero local, de los religiosos y de las religiosas que han quedado allí. En general los sacerdotes diocesanos y los hermanos y hermanas congoleeses, los cuales durante la ocupación se han portado de un modo admirable y hasta heroico, son los únicos que han quedado actualmente a cargo de las cristiandades. Así ocurre en Stanleyville, donde trabajan Monseñor Fataki, cinco sacerdotes y los hermanos congoleeses, ayudados por dos PP. del Sagrado Corazón holandeses, que continúan allí a pesar de los sufrimientos pasados durante la ocupación.

Más grave es la situación del clero local, en las regiones en que han vuelto a presentarse los rebeldes después de la evacuación de los misioneros, como es el caso de la Diócesis de Buta, donde una inseguridad persistente tiene paralizada toda actividad religiosa.

Finalmente se plantea la cuestión de la suerte que espera a los sacerdotes, hermanos y religiosas congoleeses refugiados en Leopoldville procedentes de los territorios ocupados o liberados recientemente e invadidos de nuevo por los rebeldes. Se piensa que las religiosas congoleesas que son, en general, muy jóvenes, podrían continuar su formación o sus estudios en Europa. Pero ¿qué hacer con los sacerdotes y los hermanos, en tanto que pueden volver a regir sus cristianos de los que se sienten responsables?

Todo esto requiere mucha reflexión. Un país y una cristiandad que ha sufrido este tremendo impacto no puede levantarse de nuevo de la noche a la mañana y sobre todo teniendo en cuenta que el porvenir en vez de ayudar a resolver estos problemas más bien los agravará.

Causas de esta Persecución

He aquí lo que opina un testigo de mayor excepción, Monseñor Floribert Cornelis, benedictino belga que es en la actualidad Arzobispo de Leopoldville:

"Hasta ahora el motivo de estos asesinatos ha sido la condición de extranjeros de los misioneros y religiosas. Pero no podría precisar si actualmente, por influencias extranjeras, han

podido influir otros motivos y concretamente el de su religión. En todo caso, no creo que se pueda hablar de martirio en sentido riguroso, teológico".

Y añade: "En realidad se trata de una rebelión popular, social. Los acontecimientos de 1964 tienen mayor trascendencia que los de 1960. En 1960 el pueblo no tenía conciencia de su situación real. Pero en cuatro años, debido a la evolución social y política del Congo, basada sobre todo en el desarrollo de la enseñanza primaria, las masas se han dado cuenta de que su situación es miserable, sin deber serlo. Hasta entonces, los blancos eran, en principio, los ricos; y los negros, los pobres. Pero ahora se han dado cuenta de que hay negros ricos mientras ellos viven miserablemente. Esa es la raíz de la revolución".

Influjo Comunista

"Hasta ahora no se podía hablar de comunismo, ni en el caso de Lumumba, aunque hay que reconocer que el comunismo se sirvió del nacionalismo apasionado de este último. Pero ahora sí, y concretamente de infiltración chino-comunista que opera desde las bases de Usumbra y Brazzaville. Las zonas de la rebelión están en la actualidad perfectamente localizadas, pero esta rebelión podría extenderse muy bien a otras. La táctica parece ser la de la revolución china, es decir, la de conquistar el territorio partiendo del campo y no de las grandes ciudades. Por ello es necesario no dejar esas regiones abandonadas y volver a ellas si se quiere salvar al Congo".

Por su parte el Cardenal negro Zunguza del alto Volta, a su paso por París de vuelta de su consagración en Roma, confirma las apreciaciones de Monseñor Cornells sobre las matanzas del Congo:

"Si tuviera que explicar los tristes acontecimientos del noreste congolés diría cuánto lamento encontrar allí discordia entre africanos de un mismo país; pero lo que es más penoso todavía es que fuerzas extrañas se aprovechen de ellos para satisfacer sus apetitos de dominación y de desorden".

Como los laicos, los misioneros rescatados han padecido atroces y humillantes sufrimientos.

Así la superiora holandesa de un hospital de la provincia oriental ha declarado que hubiera preferido muchas más veces la muerte durante las dos semanas que precedieron a su liberación por los comandos belgas, tiempo en el que los rebeldes obligaban a las otras hermanas y a ella misma a desfilar desnudas por las calles, después de haberlas apaleado sin piedad. "Pero yo no culpo ni a los congoleños ni a los simbas (los rebeldes), porque no saben lo que hacen".

Y ciertamente que los ejecutores materiales de las matanzas de misioneros no han obedecido siempre a motivos de persecución religiosa propiamente dicha. En ocasiones éstos se han visto envueltos en el torbellino de millares de víctimas negras o blancas.

Causas de la Rebelión del Comunista Mulele

No conviene olvidar que la gran masa de la población que vivía en la miseria y pensaba que la independencia les traería una mejora en sus condiciones de vida, fue perdiendo las esperanzas gradualmente y se fue exasperando al ver que su situación empeoraba progresivamente a causa del descenso en la producción, de la escasez de bienes de consumo y de la vertiginosa alza de precios.

El costo de la vida había aumentado en casi un cuatrocientos por ciento, frente al práctico estacionamiento de la renta de la gente del campo. A ello vino a añadirse la reciente devaluación de la moneda.

Mientras la población rural iba cayendo en una situación inhumana, contemplaba cómo sus hermanos de raza colocados en puestos oficiales por el nuevo Gobierno mejoraban su confort de vida, en medio de la corrupción y despilfarro de los fondos públicos. Era natural que estuviera dispuesta a seguir a cualquiera que les ofreciera una solución y fue entonces cuando Mulele, líder nacionalista de extrema izquierda y un tiempo miembro del primer Gobierno de Lumumba, asumió la dirección de un movimiento de rebelión, favoreciendo y explotando los sentimientos tribales de los babunda y los bapende, y se alzó contra el poder establecido. Mulele había pasado varios meses en Pekín formándose en los principios comunistas y en las técnicas revolucionarias y apoyándose en la credulidad y espíritu supersticioso de sus conciudadanos, se presentó como el "Salvador", el "Profeta", dotado de poderes extraordinarios y mágicos puestos al servicio de sus secuaces. Sembró el terror, asesinando a algunos misioneros, inmovilizando toda la región con la voladura de puentes y carreteras y saqueando los centros administrativos y religiosos. En el fondo parece evidente su deseo de destruir también la obra evangelizadora de la Iglesia, de acuerdo con la indoctrinación comunista. Todo ello ha dejado un sedimento de mayor desesperación y no ha producido mejora alguna en la grave situación social que pretendía arreglar, quedando como única esperanza el empeño de reconstrucción nacional de Moisés Tsombe, Jefe del Gobierno de Leopoldville.

La Voz del Papa

Cuando Moisés Tsombe, que es católico, fue recibido en audiencia por el Papa, el 10 de diciembre pasado, publicó éste un mensaje a los

pueblos congolesees pidiendo a todos los responsables consideraran que "nada puede construirse a base de luchas fratricidas y que tan sólo una verdadera paz fundada sobre la verdad, la caridad y la libertad puede permitir a la joven República del Congo edificar para sus hijos un sólido porvenir y ocupar con honra el lugar que le corresponde en la comunidad de naciones".

Y añadía el Papa: "Nuestro pensamiento se dirige a todo el pueblo congolés y, en particular, a todas las desgraciadas víctimas de los recientes sucesos, hacia todos —sin distinción— los que han sufrido en estas trágicas circunstancias".

"No podríamos olvidar, continuaba, que ha habido entre ellas muchos misioneros, religiosos que han dado testimonio, hasta con su sangre, a la fidelidad al Evangelio, así como a su amor a la patria congolese. Habían llegado a allá para poner todas sus fuerzas al servicio de la nueva nación y no deseaban para ella nada que no fuera su prosperidad y su desenvolvimiento pacífico".

Ya en una carta, fechada el 7 de diciembre y dirigida a todo el Episcopado congolés, Pablo VI había expresado las mismas ideas, subrayando que había hecho todo cuanto estaba en su mano para que las pasiones no produjeran consecuencias irreparables.

Sea bajo el dominio de los rebeldes o de las autoridades congoleseas, los católicos —más de cinco millones en el país— han resultado cruelmente afectados, como el resto de la población, por estos acontecimientos sangrientos.



Sangre de Mártires

Pero el que en la muerte de los misioneros hayan podido influir diversas causas no es razón suficiente para excluirlos del concepto de víctimas propiciatorias inmoladas por su amor y su fidelidad a la propagación del Evangelio de Cristo. No hemos de olvidar que sería difícil demostrar que haya habido en cualquier

tiempo una persecución por motivos estrictamente religiosos. Desde los emperadores romanos, que condenaban a los cristianos a las fieras como enemigos del Estado, hasta la Revolución Francesa y el comunismo, los perseguidores de la Iglesia han buscado de ordinario diluir sus motivos de odio religioso en razones de otros órdenes, especialmente de orden político. Pero, con todo, la Iglesia no ha vacilado en considerar a estas víctimas como verdaderos mártires, una vez probado el odio contra la fe cristiana de sus perseguidores. Y en el caso del Congo el influjo comunista, reconocido por rusos y chinos abiertamente y defendido por ellos hasta la glorificación de los hechos más sádicos y repugnantes de crueldad, da un buen fundamento a la sospecha de que lo que se buscaba con la muerte de los misioneros era el aniquilar su obra evangelizadora.

Es significativo que al día siguiente del mensaje de Paulo VI a los pueblos del Congo, el Cardenal Agagianian hacía una declaración por Radio Vaticano en la que, después de recordar el floreciente desarrollo de la Iglesia en el Congo, añadía: "El martirologio de la Iglesia en el Congo, iniciado el 1 de enero de 1962 con el asesinato de 21 Padres de la Congregación del Espíritu Santo en Congo, ha proseguido sin interrupción con la muerte de religiosos y religiosas pertenecientes a diversos institutos". Y enumeraba a continuación los nombres de estos institutos.

Pero la Iglesia no se precipita en sus juicios. Espera hasta que la perspectiva que sólo puede dar el transcurso del tiempo sitúe a los hechos a su plena luz, sin deformaciones pasionales. Y en las presentes circunstancias puede haber, además, razones de mucho peso que aconsejen evitar todo aquello que pueda exasperar más la susceptibilidad de los africanos (1).

Con todo, si no pudiera llegar a probarse en cada caso concreto que los agresores actuaban por odio hacia la fe cristiana, y por ello no pudiera extenderse a su favor el título jurídico de "mártires", según lo exige el derecho eclesiástico, es cierto que ese "testimonio de su sangre a la fidelidad al Evangelio", de que habló el Papa Paulo VI, dado por esas inocentes y abnegadas víctimas, les habrá hecho acreedores ante Dios a esos mismos honores.

De una cosa podemos estar ciertos: de que su sacrificio no será infecundo y de que aquellas tierras, regadas con su sangre, verán levantarse un día un cristianismo mucho más floreciente que el que hubieran podido establecer con sus sudores.

(1) Este es el motivo que aduce Monseñor Cornelis para que de momento no se hable de martirio en sentido riguroso teológico. Cfr. "Mundo Negro, En. 1965, pág. 14.